

583304

Con la madre torcida de que
está hecho el hombre, nada
extremamente recto puede construirse.
(Kant, citado en *El resplandor de la
madre*, de Hector Aguilar Camín).

Por JAVIER KRUMHOLTZ BENNETT

QUE Rafael Garmacia es, más allá de su trabajo literario, una obra en sí mismo, no cabe duda alguna. Ahí están, como testimonio insoslayable, sus apariciones en televisión, las entrevistas que ha dado a diferentes medios, las fotografías que lo han immortalado — de alguna manera — frente a los más variados y diversos públicos. Y lo interesante es que lo ha logrado sin hacer el tonto, el fácil o el pordiosero; se ha atrevido a decir y decirse lo que en este país o se calla o se disfrazan de estupidez, de mera trivialidad. Un curriculum impresionante para un *perforante* que sólo se apunta a cumplir 30 años, lo que en Chile es, todavía, muy poco.

En 1995 publicó un conjunto de relatos bajo el título *Insomnio en la tierra*, texto que, a diferencia de estas nuevas *Memorias prematuras*, era cualquier cosa menos un objeto acabado, maduro, céntrico, verde que era listo para decir un par de cosas que tenía las verosimilitudes de los más verosímiles. Inteligente, Garmacia, pasó de largo y con humor ese momento, siguió escribiendo y hoy entrega un libro que merece la pena bruta, que está escrito con un par de ojos bien abiertos que destilan, al mismo tiempo, bondad, crueldad, humor, machismo, inseguridad y, por último, redención. Una lista larga que se queda corta, si se analiza en detalle la aguda forma en que Rafael Garmacia revuelve la memoria de su infancia y juventud. El infante son los otros, la mirada de los otros decía en *A puerta cerrada* Jean-Paul Sartre, y nada peor que cuando esa mirada deformadora, proyectada visto de la propia familia o de los círculos más cercanos: familia, escuela, uniformes, immediatez, epistemo o simplemente maldad (clásica revancha de los mediocres) de los miembros de ese espacio virtual que todos pretendían santificar y a muchos no les daba sino sufrir. En estas memorias que no tienen de novela más que la ficción que todo recuerdo implica, una encuesta a un Rafael Garmacia que entra en conflicto, en ego — grande y diminuto a la vez — y sus circunstancias, como diría Ortega y Gasset: familia, país, amigos-enemigos, un gobierno que le regala una estadía en Francia que, si no lo libro *Levi*, al menos marca saludablemente o insensiblemente para siempre, lo que en el viento a ser lo mismo, su cerebro analítico y sin tregua: "Soy un dios que también sería al mismo tiempo Abraham e Isaac. Lo digo que pide que mueran a su propio hijo para ver si lo ama, si lo ama hasta morir. Pero no quiero que exista la más remota posibilidad de que se funde el cachillo en su hijo, y me salvo cien veces al día. En mi vida no he hecho otra cosa que salvarme". Así, con bien editado lenguaje que resulta impecable, con unas ideas que quedan dando vueltas en la cabeza y sin renunciar al humor de verdad, en *Memorias prematuras* hay un pequeño Sartre posmoderno, incrustado en un pelotero, sin apego a compromiso alguno más que el de hacer con la vida donde más dacha. Por momentos, la persona que presenta en este recordatorio me hace pensar en el "Stiller" de Max Frisch. Al igual que la figura creada por el escritor suizo, este Garmacia leído y (plumoteado, parcos queros cadenc de sí mismo, de su historia, sin logrado más



Con los Ojos de un Pequeño Sartre

que a través de una catarsis que implica saturar sin piedad los espacios sociales en los que lo ha tocado moverse.

En este libro, que comienza con la frase: "Baci en plena calor de viento en una clínica de la calle Manuel Montt", el autor se mira al ombligo, pero no es uno cualquiera. Está vinculado a las figuras de dos Rafael Aguilar Garmacia, estimados fundadores de partidos políticos, al escritor Enrique Araya (La luna era mi tierra), y la familia Araya, eso que ha vivido — para quienes la conocen — a medio camino entre París y Santiago, entre la Jaque de Rabelais y Cervantes (y no es broma). En

Memorias prematuras aparece el ojo agotista de un tipo que tiene cosas que contar y un modo de decirlos que logran en lo horriblemente cruel y victorioso: "Mi abuela eligió a mi madre. Le dio un anillo de compromiso a mi padre para que se lo regalara a la bebé. Araya... No sé si se amaron, ninguno sabía, si que se reconocieron, si que todo Santiago, la calle Manuel Montt, las tierras de Tiquinas, los revolucionarios como miyes, parte de la misma tierra de mil hojas". El su propio y personal contacto con el amor, que es siempre la esquivo y tenida presencia de una femina, como un Kierkegaard de los 90 que, sin embargo, se obsesiona con la idea de un dios que es cerrando puertas.

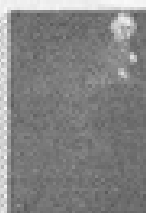
Si en este país las mujeres representan "identificación", sacude de la cara la contrafechadora, el nuevo libro de Garmacia, *Memorias prematuras*, debería leerse y correr de mano en mano, ganar al galope y por tres cuerpos a muchos otros. Y los que no, podrían leerlo por simple curiosidad, siempre queda algo rondando la neuremia. En dos palabras: con la misma fuerza que destapa lo malo que era la forma en la tierra, ahora reconstruye que este nuevo libro ha sido una total y agradable sorpresa. Y a este Garmacia memorioso personaje hay que recordarle que ha aprendido a hablar y decir con toda propiedad en castellano y que, abierta o no la puerta de la ficción, en el género de la memoria la literatura puede salvarlo y salvarnos de esa enfermedad que Kundera ha denominado "el gran libro blanco" (Los libros venidos) y que tiene a este país como a un enfermo.

Texto Escogido

UNA araña baja por la pared hacia el porche. La arena, la, cortada, la, seco. La arena se queda entrecortada, la arena se se divide. Me levanto, pido permiso a Dios, que me sienta con las manos cruzadas sobre el viento, sobre los ojos y veneno. Abrazo la Pura Palia. El cielo está eternamente cobrónico de miligramos. Oigo los bocanazos, veo los audaces donde vibran los obreros, veo todo algo todo, hablo todo, pero estoy muerto. La arena se lleva mi abuelo. "Tato es el papapalo", vivo a doctore, "más allá no voy a buscar". No lloro porque los recuerdos no fluyen, si lo doy recuerdo a los recuerdos, porque los recuerdos no se quedan. Si que ellos aquí y ahora, en y milos de años que vienen y van el Dios y el pecado de sus propias religiones. Vivo como cualquiera de los animales de esta tierra... Soy como ellos Dios, Dios, Dios, soy como ellos porque todos ellos, como yo, temeros de que sé, porque estoy solo. Comparación, este Dios.

MEMORIAS PREMATURAS

Rafael Garmacia.
Editorial Sudamericana,
Santiago, 1995.
104 páginas.



Con los ojos de un pequeño sartre [artículo] Javier Edwards Renard

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Javier

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Con los ojos de un pequeño sartre [artículo] Javier Edwards Renard. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile